

PRÓLOGO

“La expresión suprema de cultura es el comportamiento cotidiano.”

¡Qué acertado Manuel Dios al enunciar la paz como cultura! Después de tantos años de trabajo incesante, desprendido y solidario en favor de la paz; después de tantas horas de docencia y reflexión, de activismo; después de apercibirse de que durante siglos nos hemos deseado la paz y hemos hecho la guerra acto seguido; después de investigar tantas cortapisas y obstáculos a los caminos que conducen a la solución pacífica de los conflictos; después de cotejar tantas trayectorias de poder y comprender por qué los pocos siempre han dominado a los muchos atemorizándoles, proclamando enemigos (la mayoría encubiertos), siguiendo puntualmente —azuzados por los productores de armas— el perverso adagio de “si quieres la paz, prepara la guerra”; después de su ejemplar lección de independencia, tan difícil, y de audacia, acercándose a la gente, movilizando recursos, y a tantos súbditos, espectadores impassibles, para que devengan ciudadanos plenos y participativos; y después, sobre todo, de haber logrado acercarse a sí mismo... el autor, de un solo trazo, describe la paz como cultura, descubre el secreto de la paz, tan intensamente proclamada y asumida como inalcanzable: ejercitarla, practicarla cada día, cultivarla, para *ser* paz.

Esta obra, lector, es de una gran valía porque demuestra que la paz, en nosotros, en nuestras casas, en nuestras escuelas, en nuestros lugares de trabajo, en nuestros pueblos... en el mundo entero, es posible. Y que toda la Tierra y sus habitantes, hoy tan preocupados, tan confundidos, tan desanimados, podrían, de pronto, sonreír porque, por fin, es posible la transición desde una cultura de imposición, violencia y guerra a una cultura de diálogo, concordia y paz. La gran transición a ese “otro mundo posible” que anhelamos, con igual dignidad de todos los seres humanos, sin excepción, es factible. Sí: la transición histórica de la fuerza a la palabra, que conlleva resolver los conflictos sin emplear las armas, que se basa en la vida y no en la muerte, es realizable en los albores de siglo y de milenio que vivimos.

Son momentos fascinantes porque, por primera vez, la especie humana, dotada de la desmesura creadora pero reducida en sus capacidades de actuación por circunstancias temporales y espaciales, no podía —salvo casos excepcionales— tomar en sus manos las riendas del destino. Todo parecía ineluctable y era extraordinariamente infrecuente vislumbrar otro devenir que el que correspondía a su confinamiento biológico y territorial. Sometidos, resignados, obedientes, temerosos... así eran los habitantes del planeta “fecundo” del universo. Debían ofrecer la vida, lo único que tenían muchas veces, lo más precioso, a los designios del poder. Sin rechistar. Y así sigue siendo, así sigue ocurriendo en la inmensa mayoría de los casos. Pero con una diferencia clave, radical: ahora pueden dejar de serlo.

En pocos años, la mirada humana, de cada persona única, se ha extendido por doquier, de tal modo que se crea una conciencia global. Sabemos cómo viven (y mueren) los “otros”. Comparamos y, por ende, somos cómplices de insolidaridad si no com-padecemos, si no com-partimos, si no nos des-vivimos por los demás. Esta mirada de largo alcance, este “conocer” el misterio de su existencia (¡que tanto cuesta con frecuencia reconocer!) libera del miedo, de la superstición y proporciona alas para volar alto en el infinito espacio del espíritu.

La educación tiene que contribuir a la formación de ciudadanos “libres y responsables”, como establece el artículo primero de la Constitución de la UNESCO. Educación “para ser uno mismo”, para no dejarse manipular, para no doblegarse al dictado de nadie. Educación para actuar según la propia reflexión, de tal forma que sea nuestra conducta el reflejo de nuestra cultura, de lo que cultivamos en nosotros a cada instante.

Son los seres educados los que realizarán la gran transición, porque no serán receptores pusilánimes, apoltronados, adormecidos, distraídos... sino actores que saben que ha llegado el momento de la “explosión espiritual” de la que hablaba Federico García Lorca en abril de 1936.

La sociedad civil, el poder ciudadano sustituirá pronto al “poder” —militar, político, tecnológico, mediático...— que ha ocupado los restringidos escenarios del mando desde el origen de los tiempos hasta nuestros días. Por esta razón, se intenta —sobre todo, en la actualidad, a través de los medios de comunicación— mantener a la gente amedrentada, obcecada con los ídolos del deporte y otros muchos espectáculos, convenciéndoles de que la economía, la guerra, la violencia, el medio ambiente, la desigualdad y la gobernación mundial son cuestiones totalmente fuera de su alcance, debiéndose conformar a aceptar las cosas “tal como son”.

Pero en pocos años, los ciudadanos del mundo no tolerarán que se sigan invirtiendo en armas y gastos militares tres mil millones de dólares al día al tiempo que mueren de hambre y desamparo más de setenta mil seres humanos. Ni tolerarán que nos manden a escala global grupos plutocráticos (G7, G8, G20...) en lugar de hacerlo unas Naciones Unidas reforzadas, en las que todos los países, grandes y pequeños, puedan llevar a cabo el mandato que establece la Carta en su párrafo primero: “Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar

a las generaciones venideras el horror de la guerra.” Es decir, hemos resuelto, la gente, que en lo sucesivo construiremos la paz porque este es el compromiso que tenemos adquirido, y que queremos honrar, con las generaciones venideras.

Evitar la guerra, buscar los caminos que conducen a la convivencia pacífica y amistosa, a la cooperación, al reconocimiento permanente de la dignidad de todos.

Se construirán “los baluartes de la paz en la mente de los hombres”, como reza el inicio de la Carta Constitutiva de la UNESCO, observando los “principios democráticos” de justicia, libertad y solidaridad “intelectual y moral”.

Ser ciudadano. Participar. Cuando se guarda silencio, no se existe a los efectos prácticos. ¡Durante tantos años hemos estado amordazados por la ignorancia y por el miedo! Hoy, por fin, la participación es posible de manera no presencial. La nueva tecnología nos permite expresarnos sin necesidad de hacernos presentes, de tal modo que, en las últimas décadas, la marginación total de la ciudadanía o la reducción de las democracias al voto —que ya es mucho— en determinadas circunstancias y después de campañas con enorme parafernalia propagandística, podemos, a través de un teléfono móvil o de Internet, manifestar de forma fehaciente nuestros puntos de vista. Este hecho va a transformar radicalmente en muy pocos años lo que significa la ciudadanía, participación democrática, convivencia a escala global.

Todo ello unido a una mayor participación femenina en la toma de decisiones, porque la historia de la paz como simple pausa entre guerras y confrontaciones es una historia de hombres, en la que las mujeres no han tenido sino papeles esporádicos y secundarios. También en muy pocos años, se reconocerá y tendrá efecto la igualdad total de la mujer en la adopción de decisiones a escala local, nacional, regional y mundial.

Pues bien: en estos momentos esperanzadores en que el cambio es posible, el libro del profesor Manuel Dios Diz se convierte en un instrumento de extraordinario valor y oportunidad: la pedagogía de la paz, el aprendizaje para la libertad y responsabilidad a escala personal y colectiva... son pilares angulares del cambio de época.

En este primer tomo, de los dos que nos anuncia el autor, se refiere, en su capítulo I, al origen y antecedentes esenciales del concepto *cultura de paz*. Se describe con detalle el Sistema de Naciones Unidas y en particular la Constitución de la UNESCO, tan relevante, para, tres años más tarde, en 1948, aprobarse la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Trata a continuación el Programa “Mujeres y Cultura de Paz” y, especialmente relevante, el denominado “Maestros por la Paz”. La Declaración de Yamoussoukro dedicada a la Paz en la Mente de los Hombres; el Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia, de 1985, refrendado por la Conferencia General de la UNESCO en 1992; el Llamamiento de San Salvador; la Declaración sobre el Papel de las Religiones en la Promoción de una Cultura de Paz, fruto de una importantísima reunión celebrada en Barcelona en el año 1994; la Declaración de Principios sobre la Tolerancia; la Declaración y Plan de Acción sobre la Educación para la Paz,

los Derechos Humanos y la Democracia; el esfuerzo realizado para el reconocimiento del derecho humano a la paz; la Resolución de la Asamblea General sobre el Decenio Internacional de una Cultura de Paz y no Violencia para los Niños del Mundo (2001-2010); el Año Internacional de la Cultura de Paz y el Manifiesto 2000... y, ese mismo año, el Llamamiento de La Haya sobre la Paz, son algunos de los puntos de referencia, balizas por las que discurre el despegue de la cultura de la paz.

El capítulo II se ocupa de un documento clave para la difusión conceptual y práctica de la cultura de la paz, de la paz como cultura: la Declaración y el Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el mes de septiembre del año 1999. Ese documento constituye una “hoja de ruta”. Trata en profundidad los valores propios de una cultura de paz, de un comportamiento pacífico y pacificador tanto a escala personal y local como colectiva y global. El Programa de Acción se refiere a las medidas educativas, de aprendizaje de los derechos humanos, de los principios democráticos, la igualdad de género, el desarrollo sostenible, la lucha contra la pobreza, la libertad irrestricta de expresión... En una palabra, el Programa de Acción hace “factible” la cultura de paz, indicando las modalidades para su aplicación en la vida cotidiana.

El capítulo III recoge una muy buena parte de “los frutos” de la Declaración sobre una Cultura de Paz: la *Carta de la Tierra* es un documento que merece una mención particular porque aborda las distintas facetas de “la vida en paz”, con uno mismo, con los demás, con el entorno ecológico... Así, dice en el preámbulo: “Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada vez más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas. Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz.” Este documento tiene cuatro grandes principios: I. Respeto y cuidado de la comunidad de la vida; II. Integridad ecológica; III. Justicia social y económica; IV. Democracia, no violencia y paz, y termina con una “mirada hacia adelante” que se inicia del siguiente modo: “Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo.”

Se consideran a continuación los Objetivos del Milenio, o la Declaración de Madrid del año 2000, el Informe sobre la Alianza de las Civilizaciones y la importante Declaración de los Jefes de Estado y de Gobierno con motivo de cumplirse, en el año 2005, el primer quinquenio del Decenio Internacional de una Cultura de Paz y no Violencia para los Niños del Mundo, declarado por las Naciones Unidas.

Es de destacar, entre las “redes” actuales, la de “Escuelas Espacio de Paz”, que en estos momentos permite que en más de dos mil centros escolares de

toda la región andaluza, la paz, los Derechos Humanos, la actuación de “mediadores”... formen ya parte del aprendizaje cotidiano.

También es especialmente importante, para aperecibarnos de su progresiva difusión a escala mundial, la inclusión de la cultura de paz en leyes, como la Ley española de fomento de la educación y la cultura de la paz de noviembre del año 2005, o en la catalana de 2003. Son varios los Estatutos de las Comunidades Autónomas Españolas que han recogido, así mismo, la cultura de paz (Catalunya, Andalucía...). En la propia Constitución boliviana figura el concepto de cultura de paz como una de las guías fundamentales de la acción política nacional.

El capítulo III se refiere, así mismo, a la cultura de paz en las universidades y en los movimientos sociales.

Termina con la bibliografía y los recursos en Internet, para facilitar las consultas correspondientes.

Sí, otra educación es posible, otro mundo es posible, el mundo que debemos ofrecer a las generaciones venideras. No me canso de repetirlo: “Nosotros los pueblos...” tenemos la misión fundamental de legar a nuestros descendientes un mundo en paz, paz entre sus habitantes, paz con la Madre Tierra.

Manuel Dios ha realizado una contribución de un valor absolutamente excepcional. No cabe duda de que la dificultad que implicaba resumir, después de once años de andadura, lo que puede representar ahora, en un movimiento ya exponencial, la difusión de la paz como cultura, del comportamiento cotidiano, frente a los principios exactamente contrarios de quienes han regido la trayectoria humana hasta nuestros días. De la fuerza a la palabra. Esa transición será facilitada por este texto, escrito con gran precisión y con notable acompañamiento de referencias y de accesos que las nuevas tecnologías de la información permiten, para contribuir más eficazmente a la paz, este gran sueño, gran anhelo, de todos los seres humanos.

Podemos hallarnos ante un cambio de época, porque hoy este cambio es posible. Creo que estamos viviendo momentos históricos llenos de grandes expectativas y esperanzas. Por todo ello, nuestra gratitud y reconocimiento al profesor Manuel Dios Diz, en cantidades proporcionales a su extraordinaria contribución a la cultura de paz, a la paz como cultura.

Federico MAYOR ZARAGOZA
Salobreña, agosto 2010

A MODO DE PRESENTACIÓN

Cuando está a punto de finalizar el decenio 2001-2010, proclamado por las Naciones Unidas como el de la *Cultura de la Paz y la No Violencia para todos los niños y niñas del mundo*, nos encontramos, probablemente, en el mejor momento para hacer una reflexión general sobre los orígenes del concepto “*Cultura de Paz*”, sus antecedentes y sus referencias documentales más determinantes, así como un balance de los frutos recogidos de aquella extraordinaria semilla en la que Federico Mayor Zaragoza, personalmente, y la UNESCO como institución, tuvieron el papel de protagonistas principales. También lo es para analizar su significado e influencia —con cierta distancia— y las perspectivas de futuro de *la paz como cultura*, de la educación y de la investigación para la paz, sus contenidos, metodologías y propuestas, así como sus mejores prácticas.

Este libro que ahora ve la luz, el primero de dos entregas, es el resultado de un largo trabajo, teórico y práctico propio¹ pero —sobre todo— de la colaboración con las personas que conformaron el Seminario Galego de Educación para a Paz,² tanto de aquellas que inicialmente lo creamos, allá por el mes de Diciembre de 1985, alrededor del día en el que se conmemora internacionalmente la aprobación de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (10 de Diciembre), como de otras muchas personas que en estos veinticinco años fueron incorporándose a una tarea apasionante, con gran ilusión, como es la de *educar para una cultura de paz* en las aulas, en la vida (en sus propias vidas) y en la sociedad.

Mi relación personal con la Fundación Cultura de Paz, desde su creación en el año 2000 y, de manera muy especial, con su presidente, Federico Mayor Zaragoza,³ su amistad y cariño, están también, como referencia y ejemplo, en el origen y en los contenidos de esta obra, porque... *quien si no él podría inspirarla...*

1. Manuel Dios Diz nació en Santiago de Compostela en 1953. Es maestro, profesor de instituto, licenciado en Geografía e Historia por la USC, preside el Seminario Galego de Educación para a Paz y dirige la Fundación Cultura de Paz en Galicia. Se puede acceder a un currículum más completo en: <paz@sgep.org>.

2. Vid. <www.sgep.org>.

3. Vid. <www.fund-culturadepaz.org>.

Seguir la evolución del concepto de cultura de paz es un proceso ligado fuertemente a la figura del profesor Mayor Zaragoza, y por ese motivo ha de citarse con una reiteración que puede parecer excesiva, pero que viene exigida por el reconocimiento que el desarrollo de este importante concepto le debe. Porque es al ex director general de la UNESCO, al profesor Mayor, a quien corresponde, sin duda, el impulso más destacado en el origen y en el desarrollo del *Programa de Cultura de Paz*, ya que ha sido, efectivamente, en muchos sentidos, un empeño personal extraordinario, una pasión, durante sus dos mandatos al frente de la organización internacional de las Naciones Unidas con sede en París.

No es este, no quiere serlo, un estudio meramente académico, más o menos riguroso, sino que responde, sobre todo, a las experiencias y a los sueños, a los aciertos y a los errores de hombres y mujeres concretos que, en Galicia y desde Galicia, siempre con una vocación universal (*galiuniversal* diría Calo Iglesias),⁴ han venido reflexionando, antes que nada, sobre su propia práctica docente, sobre sus conflictos y los del alumnado (y con el alumnado), alrededor de la convivencia, *compartiendo vivencias juntos*, para vislumbrar soluciones positivas y también formadoras, sobre la base de su gestión y transformación pacífica, teniendo en el diálogo y en la palabra, en la concordia, un instrumento permanentemente abierto a la hora de propiciar alternativas constructivas y educadoras, sobre las distintas iniciativas promovidas, durante todo este tiempo, por el Seminario Galego de Educación para a Paz y por la Fundación Cultura de Paz.

En distintas ocasiones, durante los numerosos cursos de formación del profesorado en servicio, *compartidos* (que no impartidos, como muy bien matizaba la añorada Marta Mata),⁵ en estos años, en los Encuentros y en las Jornadas, en los talleres, en las charlas con madres y padres, alguna persona interesada, algún colega, me ha pedido (a veces con insistencia) los textos de las intervenciones, las presentaciones, sobre los diferentes contenidos de la educación y de la cultura de la paz abordados. Y no siempre todo lo que uno dice en cada actividad está escrito. *Ni siquiera todo lo que acontece merece ser contado*, como diría un viejo historiador, o puesto negro sobre blanco, si citamos un tópico del lenguaje más periodístico.

Ahora tengo la oportunidad de responder —por escrito— a algunas de aquellas peticiones, y a otras que fueron surgiendo con la misma escritura de este libro en sus dos tomos, tratando de dar satisfacción (otra cosa es que lo consiga) a viejas demandas, con una publicación como ésta, más reflexiva, más elaborada, más tranquila, y que pretende sintetizar y explicar, en la medida de

4. Calo Iglesias Díaz, escritor, profesor jubilado, co-fundador del Seminario Galego de Educación para a Paz, es un experto en resolución pacífica de conflictos y en diálogo interreligioso, autor de una *Historia de las Religiones para la Secundaria* magnífica, desde una perspectiva no confesional y con los derechos humanos como referencia principal.

5. Extraordinaria pedagoga, amiga, compañera y presidenta del Consejo Escolar del Estado antes de su fallecimiento. Siempre en el recuerdo...

mis limitadas posibilidades, los aspectos más relevantes de una larga actividad formativa y formadora (propia y compartida) en Galicia, en España y en otras partes del mundo.

Quise plasmar lo que sobre *Cultura de Paz*, en el sentido más amplio y holístico del término, fui elaborando en estos años. También aquello (sin duda y sobre todo) que tuve la oportunidad de conocer y aprender de los demás, particularmente, como dije, de Federico Mayor Zaragoza, de su propia vida y manera de estar en el mundo, porque eso sí que es, en sentido literal, *la paz como ejemplo*, como espejo, *la paz como cultura*, como meta, como compromiso personal y social.

Confío en que el libro tenga utilidad práctica, al menos, como la tuvo (y la tiene) para mí. De los errores cometidos, de los olvidos, de las sombras que percibáis, yo soy su único responsable.

Debo empezar por confesar que muchas personas, demasiadas, ante la idea de escribir, investigar, educar o trabajar sobre la paz y los conflictos, exclaman, “¡ah!, pero..., ¿es que estamos en guerra?” Antón Reixa, escritor gallego, músico, director de cine, productor y no sé cuantas cosas más, decía en una antigua canción de mediados de los ochenta: “Estamos en guerra, pero hay que reflexionar”...

Esta actitud, de tantas personas, de cierta incredulidad, esa sonrisa condescendiente cuando hablamos de *Cultura de Paz*, nos coloca —de inmediato— sobre una realidad de la que, a veces, no somos plenamente conscientes, ya que para un número nada desdeñable de ciudadanos y ciudadanas, para muchos alumnos y alumnas, la guerra y los conflictos son, por suerte, *horizontes lejanos*, nada que tenga que ver, a su parecer, con la cotidianidad, más o menos acomodada, en la sociedad de la opulencia y el bienestar, en los *barrios ricos del planeta*, como diría el profesor Mayor. Esas personas manifiestan grandes dificultades para relacionar la paz con sus propias vidas.

Para otras, la guerra, la violencia, es un recuerdo vago, una historia que se pierde entre brumas pretéritas, salvo para aquellas que tuvieron la desgracia de vivir y de sobrevivir a la “victoria” y no a la paz, al miedo y al espanto, a los silencios que atragantaron el alma y enmudecieron la memoria. Por eso resulta imprescindible hablar, estudiar, investigar, reflexionar, sobre la guerra, las guerras y la violencia, *nombres y voces*, entre otras cosas, para espantar nuestros propios demonios, *los únicos que existen, aquellos que anidan en lo más profundo de nuestro corazón*, así de sencillo lo explicaba el Mahatma Gandhi.

En Galicia, por cierto, una cultura muy socrática, donde con mucha frecuencia contestamos a cualquier interpelación con otra pregunta, tenemos un dicho muy común al hablar sobre dioses y demonios. Con inteligente ambivalencia decimos: “Deus é bo, pero o demo, o demo..., o demo tamén é xente”... o lo que es lo mismo, Dios es bueno, pero el demonio, el demonio... el demonio, también es gente... una forma bien diplomática de asegurarse los mejores padrinos, tanto en el cielo como en el infierno...

Sobre el pacifismo y los pacifistas, sobre las personas que dedican toda (o parte de) su vida a la causa de la paz, se hacen, en no pocas ocasiones, comentarios más o menos afortunados, más o menos displicentes, sobre todo en privado, muchas veces descalificadores y negativos, afirmando, con cierta arrogancia, por ejemplo, que los pacifistas forman parte de esa fauna de individuos que se engloban en lo que definen como el “buenismo”, un conjunto de personalidades, cuanto menos, ingenuas, alejadas de la realidad, a mitad de camino entre “utópicos” y “santones”, cuando no directamente inconscientes o irresponsables, que bien merecerían el cielo, pero que aquí, en la tierra (dicen los autodenominados “realistas”) no pasan de ser una especie rara, caracterizada por su “bonhomía”, entendida así, paradójicamente, como algo negativo, lo cual no deja de ser, la verdad, sorprendente.

Sin duda, estamos ante una forma manifiesta de subvertir los conceptos, las cualidades, los valores, para identificar y presentar públicamente como “malo” algo que, objetivamente, debiera ser ensalzado, agradecido, reconocido y valorado positivamente por las personas, los media, las instituciones y las sociedades. Sin embargo, por desgracia, no lo es. O no lo es en sumo grado. Con esas descalificaciones de “buenismo”, “bonhomía”..., en definitiva, lo que se persigue, de manera a veces ciertamente inconfesable, en ocasiones muy sutilmente, no es otra cosa que desmerecer, ningunear, minusvalorar... para descartar el pensamiento y las propuestas, las iniciativas, las demandas, los deseos de la sociedad civil en general, y del movimiento pacifista en particular, de las grandes personalidades que vienen reiterando, desde muy distintos ámbitos, la necesaria y urgente sustitución de la cultura de la guerra, del belicismo y de la violencia, del armamentismo, por la *cultura de la paz*, y que hacen del diálogo, de la concordia, de la desobediencia civil y de la palabra sus mejores herramientas, líderes que hubo antes de nosotros, de ahora mismo y de los que, sin duda, vendrán en el futuro, y que coinciden, desde su radical insatisfacción, en reclamar y soñar *otro mundo posible*, desde luego en paz, firmes partidarios de la esperanza en un porvenir que será pacífico o no será.

Y no es casual que esto ocurra si tenemos en cuenta los poderosísimos intereses que se mueven alrededor de la cultura de la guerra, de la violencia y de la industria del armamento, los conocidos como “mercaderes de la muerte”, o como decía el mismísimo Dwight Eisenhower, Ike para sus amigos, militar laureado y presidente norteamericano quien, en su discurso de despedida de la presidencia, allá por Enero de 1961, ante John F. Kennedy afirmaba: “tan solo existe un poder en el mundo superior al tuyo” y lo alertaba así sobre el desproporcionado papel que desempeñaba, lo que calificó con la expresión —ya célebre— del “Complejo Industrial Militar”, un concepto que fuera utilizado con anterioridad, por cierto, entre otros, por Daniel Guérin, un historiador anarquista francés, en su libro *Fascismo y grandes negocios*, publicado —nada menos— en 1936, un año imborrable de nuestra memoria individual y colectiva.

Muchas de las campañas, abiertas o sutiles, contra el “buenismo” y la “ingenua bonhomía”, o si se quiere, de desprestigio público de los máximos

representantes de los movimientos sociales altermundialistas tienen aquel interesado origen, como lo tuvieron antes, por ejemplo, las enormes y efectivas campañas de animación al consumo de tabaco propiciadas desde las grandes compañías tabaqueras y los numerosos informes “científicos” que pretendían demostrar que fumar no era perjudicial para la salud...

O las de aquellas otras grandes corporaciones contrarias al cambio climático y a las energías limpias y renovables promovidas, fundamentalmente, desde la poderosísima industria petrolera, o aquellas destinadas a favorecer a las nucleares desde los influyentes *lobbys* del sector energético, empresas y corporaciones que cuentan, como sabemos, con destacados altavoces “científicos” y mediáticos ¡en nómina! y que se hacen escuchar, en ocasiones estruendosamente, en los principales medios y agencias de comunicación que controlan, casi de forma monopolística, en todo el mundo.

Otro fenómeno, bien curioso, tiene que ver con esas posiciones, tan repetidas, que pretenden convencernos de que “todos estamos por la paz” o de que la paz es una causa general a la que nadie puede oponerse, de la que —simplemente— varían los métodos para conseguirla porque... ¿quién va a estar en contra de la paz? Ni el mismísimo Lucifer lo aceptaría...

Efectivamente, sobre la paz, por la paz, entendida así, en abstracto y en singular, todos estamos de acuerdo. Se trata pues de un absoluto, una demanda universal. Un todo. Sin embargo, por poner un ejemplo relevante, la paz no es, todavía, un derecho humano,⁶ a pesar de los esfuerzos para que fuera incluido como tal en la Declaración Universal de 1948, por ejemplo, de una gran mujer, la norteamericana Eleanor Roosevelt.

¡Qué casualidad! ¡Que sorpresa! ¿Seguro?, se preguntarán algunas personas. Pues sí, la paz no es un derecho humano, todavía... pero volveremos sobre esto más adelante.⁷

La *paz* se desea en la misa cristiana, *démonos fraternalmente la paz, shalom* dicen los judíos, *salam* repiten los musulmanes, pero luego, con muy diferentes argumentos “realistas”, justificamos la guerra y la violencia, incluso apoyamos las ocupaciones militares, los bombardeos y la muerte de inocentes, el uso de la fuerza indiscriminada y desproporcionada, el tráfico ilegal de armamento, las cárceles ocultas, la tortura, la vergüenza, los centros de interrogatorio clandestinos, la pena de muerte... y lo hacemos con diferentes argucias, más o menos eufemísticas, tales como que nos enfrentamos a los “enemigos de la civilización, de la razón, de la libertad, o de la dialéctica de la historia...”, así de bien lo describía, en su poema sobre la construcción del enemigo, el *homo hostilis*, Sam Keen,⁸ profesor y filósofo norteamericano. Tranquilizamos nuestra

6. Vid. <<http://www.seipaz.org/documentos/AlemanyDHPaz.pdf>>.

7. Vid. TUVILLA RAYO, J.: *El derecho humano a la paz en la educación: construir la cultura de la paz* en: <http://www.eip-cifedhop.org/espagnol/publicaciones/EL_DERECHO_A_LA_PAZ.pdf>.

8. Vid. poema de Sam Keen: <<http://www.sgep.org/#odules/contidos/recursos##ep/unidadesdidacticas/LIBROPAZ.pdf>>.

conciencia, retorcemos el lenguaje con soltura y hablamos de daños “colaterales”, intervenciones “humanitarias”, acciones de “limpieza”, “quirúrgicas” o de “guerras preventivas”, “bombas inteligentes”, así, como si nada, con naturalidad.

Lamentablemente, en lo concreto, como podemos comprobar a diario, por desgracia, no todos estamos por la paz, desde luego no estamos en el mismo bando el cuarteto de las Azores y la sociedad civil movilizada contra la guerra de Irak, por ejemplo. O en relación con los bombardeos de la OTAN en los Balcanes, en Kósovo, o las acciones rusas en Chechenia, o las de China en el Tibet... o con la guerra contra el terrorismo y el llamado “eje del mal”, doctrina perversa y oficial de la Administración Bush, durante tantos, demasiados, años...

En los ámbitos más académicos circula también un viejo prejuicio sobre el carácter no científico o, si se quiere, ideológico de los estudios por la paz. Con demasiada frecuencia escuchamos, incluso entre colegas afines, particularmente desde las llamadas ciencias “exactas” o “puras”, cómo se hacen reproches, más o menos cariñosos, a las humanidades en general y a las ciencias sociales en particular, negando o rebajando su estatuto “científico” y, dentro de ellas, de manera ciertamente intensa, en relación con las investigaciones sobre la paz y los conflictos. Sin embargo, en los últimos años, en todo el mundo, y en España también, la Investigación para la Paz,⁹ los centros existentes, dentro y fuera del ámbito universitario, su reconocimiento académico y profesional, también social, ha crecido significativamente.

Las grandes y rigurosas aportaciones, las cada vez más influyentes referencias internacionales, desde Kenneth y Elise Boulding (recientemente fallecida), pasando por Johan Galtung, John Paul Lederach, Betty Reardon... hasta las experiencias de grandes organizaciones investigadoras como el International Peace Bureau¹⁰ (IPB), la International Peace Research Association (IPRA),¹¹ o prestigiosos centros como el SIPRI¹² de Estocolmo, o el International Peace Research Institute¹³ (PRIO) de Oslo, entre otros, son cada vez más considerados y reconocidos en los ámbitos académicos, profesionales y también entre la sociedad civil organizada. Su labor mediadora ha salvado muchas vidas, pero, aunque fuera solamente una, sería ya extraordinario, y lo han hecho silenciosamente, discretamente, sin ponerse relucientes medallas, sin protagonismos inútiles...

La presentación de numerosas tesis doctorales, la puesta en marcha de relevantes programas de posgrado, másters, etc. en los últimos veinte años en las distintas universidades españolas (Cátedra UNESCO de Derechos Humanos y Cultura de Paz en la Universidad Autónoma de Barcelona,¹⁴ con Vicenç Fisas a la cabeza y su Escola de Pau; el CIP de Madrid,¹⁵ dirigido por Mariano Aguirre

9. Vid. <<http://jwsr.ucr.edu/archive/vol6/number3/pdf/jwsr-v6n3-tortosa.pdf>>.

10. Vid. <<http://ipb.org/i/index.html>>.

11. Vid. <<http://www.p#io.no/>> y <<http://soc.kuleuven.be/iieb/ipraweb/index.php?action=home&cat=home>>.

12. Vid. <<http://www.sipri.se/>>.

13. Vid. <<http://www.prio.no/>>.

14. Vid. <<http://escolapau.uab.cat/>>.

15. Vid. <<http://www.fuhem.es/cip-ecosocial/>>.

primero y luego por Manuela Mesa (ahora en Ceipaz); el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada,¹⁶ con Francisco Muñoz; la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz de la Universidad Jaime I de Castellón,¹⁷ con Vicent Martínez Guzmán e Irene Comins; Gernika Gogoratuz¹⁸ (María Oianguren), Bakeaz¹⁹ y Baketik,²⁰ que dirige Jonan Fernández, en Euskadi; el SIP del Centro Pignatelli de Zaragoza,²¹ con Jesús Mari Allemany y Carmen Magallón, entre otros, o, más recientemente, la puesta en marcha del Institut Català Internacional per la Pau, que preside Rafael Grasa y dirige Tica Font, en desarrollo de la Llei de foment de la cultura de la pau (2003), por citar algunos ejemplos, tienen acreditado, sobradamente, la cientificidad de los estudios por la paz. Incluso, la legislación producida en los últimos años refuerza aquel carácter, tanto la citada ley catalana²² como la española de 2005, la Ley de fomento de la educación y la cultura de la paz,²³ así como el progresivo incremento de los centros e institutos especializados, y de las iniciativas de investigación concretas en las universidades españolas y europeas y en el resto del mundo.

Pienso, sinceramente, que la consolidación de la investigación sobre la paz y los conflictos a nivel internacional, sobre todo, y no solo en el ámbito del Derecho, en las dos últimas décadas, las numerosas publicaciones y estudios de calidad en las revistas especializadas, o las mediaciones e intervenciones con resultados satisfactorios producidos sobre el terreno, permite asegurar, no solo un futuro esperanzador, sino que creo disipará, definitivamente, todas las dudas que puedan quedar en el mundo académico sobre su naturaleza y estatuto científico.

Por último, en esta breve presentación quisiera adelantar que la presente obra está dividida en dos partes bien diferenciadas. En la primera abordo, desde una perspectiva esencialmente histórica, el origen y los antecedentes, las referencias documentales previas del concepto de Cultura de Paz hasta que se convierte en una Declaración Oficial de las Naciones Unidas y en un Plan de Acción muy concreto en el año 1999. Este aspecto, desde una perspectiva, como he comentado con anterioridad, eminentemente histórica, abarca todo el capítulo I.

En el segundo análisis, con cierto detalle, la propia Declaración y el Programa de Acción de 1999 sobre una Cultura de Paz, sus contenidos y propuestas más relevantes.

En el tercero, he querido profundizar en lo más representativo que ha ocurrido en materia de *Cultura de Paz* desde que se aprueba oficialmente la Declaración y el Programa de Acción por las Naciones Unidas en 1999, los frutos,

16. Vid. <<http://www.ugr.es/~eirene/main.html>>.

17. Vid. <<http://www.cufp.uji.es/espanol/>>.

18. Vid. <<http://www.gernikagogoratuz.org/>>.

19. Vid. <<http://www.bakeaz.org/>>.

20. Vid. <<http://www.baketik.org/>>.

21. Vid. <<http://www.seipaz.org/>>.

22. Vid. <<http://www.todalaley.com/mostrarLey1214p1tn.htm>>.

23. Vid. en: <http://www.boe.es/boe_gallego/dias/2005/#2/30/pdfs/A01809-01810.pdf>.

las consecuencias políticas, pedagógicas y también sociales, las influencias de tan relevante propuesta, al menos sobre aquello de lo que yo tengo conocimiento y desde mi propio enfoque, y las interacciones mutuas entre textos extraordinarios. En este apartado, por supuesto, he tratado de analizar, lo más pormenorizadamente que he podido, los principios y valores de la *Cultura de la Paz*, su permanencia y actualidad, los ámbitos de acción y sus contenidos.

La segunda parte del libro, el tomo II, que título *La pedagogía de la paz*, tendrá un carácter mucho más didáctico, mucho más práctico, pues empiezo por analizar como se educa para una Cultura de Paz, sus contenidos fundamentales, su evolución en los últimos años, las metodologías desarrolladas a la luz de la Educación y la Investigación para la Paz, los recursos didácticos que mejor han funcionado y las actividades más relevantes que se han promovido, en los centros escolares y fuera de ellos, especialmente, en relación con la educación para la convivencia pacífica y democrática o con la resolución pacífica de los conflictos y su transformación positiva.

He querido también dedicar un capítulo a un aspecto clave, para mí y para otros autores, a la hora de abordar la pedagogía de la paz, para *hacer las paces*, como son los afectos y los sentimientos, las emociones, lo que llamamos la educación afectivo emocional, porque educar en los afectos y en los sentimientos resulta, sin duda, en este enfoque, el mejor antídoto contra la violencia, o lo que es lo mismo, construir una buena cartografía de los afectos, dibujar bien nuestro propio mapa de los sentimientos sería clave para cualquier proyecto preventivo y didáctico de Educación para la Paz. De ahí que dedique una reflexión especial, que quiere ser también un reconocimiento y un homenaje, al concepto de la *urdimbre afectiva*, y a un pionero, Juan Rof Carballo (1967), un gallego universal, médico y humanista, a lo que Carol Gilligan, mucho más recientemente (1997), denominó como “La ética del cuidado y la ternura” o, ahora mismo, en España, Irene Comins Mingol,²⁴ tan bien titula e investiga en lo que ella refiere, tan acertadamente, como la “Filosofía del cuidar” (2009).

El *currículum de la no violencia*, tal y como lo describen María José Díaz Aguado²⁵ y otros autores²⁶ ocupará, como no podía ser de otro modo, en ese mismo capítulo, un espacio fundamental.

El libro finaliza con un capítulo en el que describiré la experiencia de la Educación para la Paz, nuestra concepción, los cambios metodológicos, legislativos y conceptuales que se han producido en los últimos años, las aportaciones más recientes de la Investigación para la Paz, así como su incorporación al sistema educativo español, transversalmente primero y complementariamente después, como una materia o disciplina, con la denominación oficial de *Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos*, tanto en la Primaria como en la Secundaria, y que tanta relación tiene con la Cultura de la Paz.

24. Vid. COMINS MINGOL, I.: *Filosofía del cuidar*. Icaria, Barcelona, 2009.

25. Vid. <<http://mariajosediaz-aguado.blogspot.com/2006/06/vitrina-de-publicacionesentrevistas-el.html>>.

26. Vid. <http://www.aulaintercultural.org/print.php3?id_article=514>.

Y no me he resistido a proponer algunas dinámicas de aula, ejercicios y ejemplos de iniciativas concretas, de muy diferente tipo, y para niveles educativos diversos, que he utilizado en mi propia actividad docente y académica, en los cursos de formación del profesorado, como sugerencias, luces, *balizas*, en el camino que cualquiera puede observar como humildes guías, pistas de ayuda, con un carácter eminentemente práctico.

Acabo, como es lógico, ambos libros con la bibliografía y una buena muestra de distintas fuentes complementarias en la red, hoy ya muy abundantes, por cierto.

Creo que para las personas que busquen conocimientos y experiencias sobre la paz como cultura pero, sobre todo, para aquellas que quieran sustentar un proyecto educativo pacífico y pacifista, en la familia, en la escuela, en los medios, en la sociedad, aquí podrán encontrar fundamentos teórico prácticos, aunque también asideros, referencias y referentes, luces, *balizas*, para construirlo desde la propia reflexión y la práctica, *haciendo camino al andar...* como cantaba Antonio Machado.

Reiterando mi agradecimiento y mi reconocimiento personal a Federico Mayor Zaragoza y a todas las personas que me han ayudado en esta empresa, sin más preámbulos..., entramos ya en la materia.

Manuel DIOS DIZ
Presidente del Seminario Galego de
Educación para a Paz